

Locura y conocimiento

En el anterior artículo de esta serie exponíamos algunas ideas en relación con el conocimiento de Dios que se puede alcanzar a través de vivir la experiencia de padecer algún trastorno mental.

En el Nuevo Testamento, y de manera muy particular en los relatos de los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), nos encontramos con una serie de personajes que sufren alteraciones psicopatológicas (mentales) muy profundas con repercusiones desestructuradoras sobre la personalidad, el carácter y la conducta de los mismos. Dichos "enfermos mentales" son denominados en los Evangelios con el calificativo de endemoniados.

No vamos a entrar, en el corto espacio de este artículo, en disquisiciones muy complicadas sobre la etiología (causa generadora) de las alteraciones emocionales y mentales que sufrían las personas (hombres y mujeres) conocidas en la época novotestamentaria como endemoniados; sin embargo, quisiera dejar claro que mi posición personal, tanto desde el punto de vista teológico como científico, no es la de cuestionar la etiología diabólica de los trastornos mentales que padecían tales personas. Otra cosa sería que entrásemos en un análisis teológico y psicológico más profundo de lo que, desde mi punto de vista, deberíamos entender por "demoníaco o diabólico".

En cualquier caso, y al margen de la causa eficiente o generadora de los trastornos, las personas que aparecen en los Evangelios como endemoniadas presentan una sintomatología o fenomenología clínica bastante clara; unos podrían ser interpretados como enfermos psicósomáticos o neuróticos (Lucas 8: 43-48; Lucas 13: 10-16; Lucas 6: 11), otros como pacientes epilépticos o histeroepilépticos (Marcos 1: 21-28; Mateo 17: 14-21; Marcos 9: 14-29; Lucas 9: 37-43), algunos como personas en estado de muerte clínica o muerte aparente (Lucas 8: 41-42 y 49-56; Marcos 5: 22-23 y 35-43) y algunos como enfermos mentales que sufrían trastornos de tipo psicótico o esquizofreniforme (Marcos 5: 1-20).

Lo que realmente llama la atención de manera más que notable es la capacidad de percepción que los endemoniados del Nuevo Testamento tenían acerca de la persona del Señor Jesucristo. Existe una problemática muy interesante y a la que prestan atención los cuatro evangelistas. Dicha problemática surge a raíz de la tensión que se desencadena, sobre todo al iniciarse, el ministerio público de Jesús de Nazaret. Se produce un choque y una confrontación dialéctica seria entre la conciencia que Jesús de Nazaret tiene sobre su propia identidad, y la de aquellos contemporáneos suyos. Desde los doce años Jesús va exponiendo de manera gradual a los hombres su conciencia mesiánica. Llega a decirles sin ambages que El es el Mesías, el Cristo y el mismísimo Hijo de Dios. Llama po-



José Manuel González Campa

médico psiquiatra, está considerado como uno de los grandes científicos europeos del momento actual.

derosamente la atención la gran resistencia de aquellos hombres y mujeres que habiéndole escuchado y siendo, tantos de ellos, beneficiarios de sus curaciones y acciones milagrosas, ofrecían al hecho de concienciar su dimensión mesiánica. Se puede decir, con certeza, que la inmensa mayoría de sus contemporáneos no tenía conciencia de quién era Jesús de Nazaret; por el contrario, nos encontramos con una pequeñísima minoría de hombres y mujeres que sí saben quién era el rabí de Galilea. Y es precisamente aquí donde conectamos con el corazón o la esencia de la temática que venimos desarrollando. Los únicos seres humanos que tenían una conciencia clara de quién era Jesús eran, precisamente, los endemoniados.

Lo que caracteriza a todos los endemoniados y de manera muy particular a aquellos que sufren un trastorno mental profundo, es el estado de su conciencia. Las enfermedades mentales se caracterizan, tanto aquellas que tienen una causa orgánica como las que se producen debido a alteraciones psicológicas, por producir en los pacientes un trastorno de la conciencia en grado más o menos profundo. Pues bien, los endemoniados que sufren una profunda desestructuración de su conciencia, alcanzan, a través de dicho trastorno, una percepción de la realidad que no tienen las personas que se encuentran en su juicio cabal. La conciencia del endemoniado de los Evangelios o del enfermo mental de nuestros días es otra. Y es en ese estado de conciencia diferente o alienada donde se da la posibilidad de alcanzar percepciones de naturaleza trascendente o metafísica. Los endemoniados del Nuevo Testamento pueden ver en la persona de Jesús de Nazaret lo que los llamados seres normales no alcanzan a percibir. Y así exclamaban ante la presencia del Maestro: "¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios" (Marcos 1:24). "¿Qué tienes conmigo, Jesús Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes" (Marcos 5:7).

Por los ejemplos anteriormente referidos, creo que podríamos elaborar la siguiente conclusión: existe la posibilidad de llegar a tener cierto conocimiento de Dios a través del padecimiento de un trastorno mental que desestructure de manera profunda nuestra mente y que nos permita alcanzar un estado de conciencia diferente al que conocemos como normal. En las enfermedades mentales se produce siempre un fenómeno que las caracteriza. Una persona se aliena o se trastorna mentalmente cuando contenidos de su esfera inconsciente ascienden a su conciencia desestructurándola. El capítulo primero de la epístola a los Romanos enseña que todos los seres humanos tienen la imagen de Dios reprimida en los estratos más profundos de su personalidad (Romanos 11:18-23). Lo que entiendo que sucede con los endemoniados del Nuevo Testamento es que el trastorno mental que padecen favorece que algunos contenidos de su inconsciente (la imagen de Dios reprimida por la entrada del pecado en el hombre) asciende al nivel de la conciencia y como consecuencia de este proceso psicopatológico, la persona endemoniada o alienada mentalmente puede alcanzar una percepción sobre la identidad de la persona de Jesús de Nazaret que los seres considerados "normales" no tienen. En conclusión: la locura es una posibilidad de acceder a la realidad de Dios. El gran psicopatólogo, filósofo y teólogo Karl Jaspers llegó a decir: "Lo cierto es que hubo, al menos en el fondo, alguna correlación oculta entre enfermedad y profundísimas posibilidades humanas entre ser LOCO y ser SABIO", y "es evidente que el contenido de las PSICOSIS procede del caudal espiritual del grupo humano, de donde surge el enfermo". Nosotros, como corolario a todas estas disquisiciones, cerramos este artículo con la interpretación del mismo Señor Jesucristo sobre el padecimiento y la enfermedad: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella" (Juan 11:4).